

El culto de los ángeles es muy antiguo entre los Judíos; hablo de aquel culto que consiste en honrarlos y dirigirles nuestras súplicas como ministros del Señor y medianeros entre él y nosotros, y darles pruebas de nuestro reconocimiento y profunda veneración. Abraham se postó ante aquellos ángeles que hospedó en su tienda (1), y Daniel ante el que se le presentó en el Tigris (2). El Señor ordenó á los Israelitas que temieran y respetaran al ángel que les habia dado por su conductor (3). Jacob rogó con lágrimas á aquel contra quien luchó que le diera su bendición (4). Hallándose en el lecho de la muerte, suplicó al ángel que siempre lo habia conducido y protegido, que bendijera á sus nietos Efraim y Manases (5).

Filon (6) habla de los ángeles como de intercesores y medianeros entre Dios y los hombres, á quienes llevan sus favores y gracias y cuyas necesidades le representan. Ellos son como los ojos y las orejas del Todopoderoso, que todo lo ven y todo lo escuchan, que llevan á los hombres los mandamientos de Dios, y á Dios los ruegos de los hombres. Josefo (7) atestigua que los esenos hacian prometer con juramento á los que recibian en su seta, que conservarían cuidadosamente los nombres de los ángeles. Eso hace juzgar que probablemente les tributaban un culto particular. S. Pablo dice á los Colosenses: *Nadie os haga perder el mérito de vuestra carrera seduciendolos por una humildad afectada y por un culto supersticioso de los ángeles; pretendiendo hablar de cosas que él no sabe, estando ensobrecido por las falsas imaginaciones de un espíritu carnal* (8). Los falsos doctores del judaismo eran los que inspiraban esos sentimientos á los nuevamente convertidos.

El antiguo autor del libro apócrifo de la predicacion de S. Pedro (9), hace decir á este apóstol que *los Judíos adoran á los ángeles y á los arcángeles, y observan supersticiosamente los meses*. Celso (10) acusaba á los Judíos de que adoraban no solamente á los ángeles, sino tambien al cielo. Orígenes sostiene que no adoran al cielo, pero no niega que adoran á los ángeles; antes bien positivamente lo asegura en su comentario sobre S. Juan (11). Por el Evangelio consta que juraban por el cielo (12); y S. Jerónimo asegura que tambien juraban por los ángeles (13). Filon insinúa que daban alguna especie de culto á los ángeles; supuesto que despues de haber dicho que estos, los demonios y las almas de los hombres entre si solamente se diferenciaban por sus funciones, y que eran nombres diferentes de una misma cosa, anade que este conocimiento nos quita la carga insoportable de las supersticiones (14). ¿De qué supersticiones sino de las que reinaban en el pueblo poco instruido de esas cosas!

(1) *Genes. xviii. 2.* (2) *Dan. x. 5. 9.* (3) *Ezod. xxiii. 21.* (4) *Genes. xxxii. 26.* (5) *Genes. xlviii. 16.* (6) *Philo de Gigantib. pag. 286. Idem, de Plant. Noe. p. 216. Idem, de somnis, pag. 588.* (7) *Joseph. de Bello, l. ii. c. 12.* (8) *Colos. ii. 18. Nemo vos seducat (sic, praemis defraudet) volens in humilitate et religione angelorum, [per ea] quae non videntur, ambulant, frustra infelix sensu carnis suae.* Véase el comentario de Calmet sobre este lugar. (9) *Apud Alex. lib. vi. Strom. p. 635. 636.* (10) *Apud. Origen. contra Celso. lib. v.* (11) *Origen in Joan. p. 212. c. 11. Hist.* (12) *Matt. v. 34.* Véase el comentario de Calmet en este lugar. (13) *Hieronym. in Matt. v. et q. 15. ad Alagiam* (14) *Philo de Gigantib. p. 286.*

Los judíos modernos sostienen que ellos no tributan culto alguno á los ángeles; y José Albo pone en el número de los errantes á los que hacen mencion de los ángeles en sus oraciones: anatematizan en su catecismo al que pida alguna cosa á un ángel ó á una dominacion celeste. Kimqui sostiene que no pueden invocarse ni los ángeles ni los gefes, como Gabriel y Miguel. A pesar de todo eso se pretende mostrar que ciertamente han tributado algun culto á los ángeles (1). Bartoloci (2) presenta una letanía en la que se invoca á los ángeles. M. Simon (3) cita una oracion que los Judíos dirigen al ángel de guarda, diciéndole: *Seas honrado, santo y venerable ministro de Dios; consérvame, asisteme.* Grisendi (4) cita pasajes sacados de los Escolios de Gedalia sobre José Albo, que prueban esto mismo.

La Iglesia cristiana ha imitado la piedad de la sinagoga hacia los ángeles, como ella la ha heredado de su fe sobre su existencia, y sobre los socorros que de ellos recibimos. Siempre ha creído que los ángeles incesantemente ofrecen á Dios nuestros ruegos: San Juan en el Apocalipsis nos representa un ángel con un incensario, cuyo humo subia hácia Dios; y nos advierte que esto significa las oraciones de los santos (5). Los padres (6) que contra los enemigos de nuestra religion han defendido el culto y respeto que se tributa á los santos mártires, han defendido al mismo tiempo el que se ofrece á los ángeles. En el uno y en el otro han puesto las mismas excepciones y las mismas modificaciones. Han declarado que no es el culto de latria, solamente debido á Dios, el que se da á los santos ángeles y á los santos mártires; sino un culto inferior, subordinado y respectivo. El ángel que rehusó el honor que San Juan Evangelista quiso hacerle, y que le dijo: *Guardate de hacer eso, porque yo soy consiervo tuyo y de los profetas tus hermanos: Dios es á quien debes adorar* [7], lo rehusó unicamente por referir á Dios toda la gloria de las verdades que anunciaba. El concilio de Laodicea citado por Teodoreto (8), que prohibe dirigirse á los ángeles, dejando la mediacion de nuestro Señor Jesucristo, procede solamente contra los que prefieren la de aquellos á la del Salvador; pero no quiere Dios que aprobemos semejantes opiniones.

ARTÍCULO II.

de los malos ángeles.

Comunmente nos representa la Escritura á los malos ángeles ó á los demonios, como individuos de un estado cuyo principio es Lucifer. *Id al fuego eterno que está preparado al diablo y á sus ángeles*, dice Jesucristo en el Evangelio (9). El diablo tambien es llama-

I.
Nombres de
los malos áng.
geles.

[1] Véase á Basnago, continuation de la Historia de los Judíos, lib. vi. cap. 10. [2] *Bartoloci, Bibliot. Rabbinic. t. i. p. 193.* [3] Simon, prefacio sobre Leon de Mo-gena. [4] *Griendus apud Bartoloci, lib. i. p. 206.* [5] *Apocal. viii. 3. 4.* [6] *Cyrrill. Alex. lib. contra Julian. p. 203. Aug. lib. xx. contra Faust. c. 21. et lib. i. contra Maximin.* [7] *Apocal. xix. 10. xxii. 8. 9.* [8] *Laodicea. apud Theodoret. in Coloss. ii. 18. [3] Matt. xxv. 41.*

mado el príncipe del mundo [1], príncipe de las tinieblas [2], gefe de las potestades del aire [3], serpiente [4], Belial [5], Beelzebub [6], Schammael [7], Behemot [8], Satanas [9], Dragon [10], Angel exterminador [11]; denominaciones todas que denotan, no la naturaleza, sino la malicia y crueldad de este enemigo de Dios y de los hombres: porque *diable* significa calumniador; *Satanas* adversario, *Belial* libertino, revoltoso, ó malvado; *Schammael*, exterminador, *Behemot*, un grande animal, como el elefante ó el hipopótamo, y que San Gregorio el Grande ha explicado alegóricamente del demonio: *Beelzebub* era el dios de los Acaronitas, y significa el dios mosca á la que adoraban probablemente. *Lacifer* denota la estrella de la mañana; y este nombre se ha dado al diablo por la semejanza que se nota entre la caída y orgullo del rey de Babilonia referida por Isaías (12), y la del príncipe de los demonios rebeldes. Los nombres de *Serpiente* y *Dragon* explican bastante por sí mismos, así como los de *espíritu impuro*, *malvado*, *ángel de muerte*, y *acusador de nuestros hermanos*. Breve se verá en qué se funda la denominacion de *príncipe de las potestades del aire*.

Es cosa notable que en los libros del Antiguo Testamento escrito en hebreo, no encontremos el nombre de algun ángel malo en particular, sino solamente los generales que denotan el gefe de los espíritus malvados, Tobias (13) que escribió en Ninive despues de la traslacion de las doce tribus á la otra parte del Eufrates, nos enseña el nombre de *Asmodeo*, que dió muerte á los primeros maridos de Sara, hija de Raguel; y desde entónces no encontramos otro hasta el tiempo de nuestro Señor, en que se vió el de *Beelzebub*, aplicado en el Evangelio al príncipe de los demonios. Pero de esto no debe concluirse que los Judios no hayan conocido desde ántes los nombres de los diablos. El libro apócrifo de Henoc, escrito segun todas las apariencias ántes de Jesucristo, contiene un gran número.

En él se refiere, que habiéndose multiplicado las hijas de los hombres, los *Egrogoros* ó vigilantes (este es el nombre que dan los Caldeos á los ángeles) mutuamente se dijeron: Tomemos mugeres entre las hijas de los hombres. Ellos eran doscientos, y *Semexias* (14) estaba á su cabeza con otros diez y ocho, llamados 2. *Letarcuph*, 3. *Araciel*, 4. *Chababiel*, 5. *Orammanes*, 6. *Ramiel*, 7. *Sapsich*, 8. *Zaciel*, 9. *Balciel*, 10. *Azalzel*, 11. *Pharmarus*, 12. *Amariel*, 13. *Anagemas*, 14. *Thausael*, 15. *Samiel*, 16. *Sarinas*, 17. *Eumiel*, 18. *Tyriel*, 19. *Sariel*.

Todos ellos se obligaron con juramento á ejecutar cuanto vieran hacer á *Semexias* su gefe. Todos, pues, tomaron mugeres en la tierra, y comenzaron á mancharse con todo género de abomina-

[1] *Joan.* xii. 31. [2] *Ephes.* vi. 12. [3] *Ephes.* ii. 2. [4] *Genes.* iii. 1. 13. 14. *Apoc.* xii. 9. xi. 2. [5] 2. *Cor.* vi. 15. [6] *Matt.* x. 25. xii. 24. *Luc.* xi. 15. 18. 19. [7] Este nombre no se encuentra en la Escritura, pero sí en los rabinos. [8] S. Gregorio bajo ese nombre entiende el diablo. *Behemot* se lee en *Job.* xl. 10. [9] *Job.* i. 6. 9. 12. n. 1. 2. 3. et 1. *Par.* xxi. 1. *Zach.* iii. 1. 2. [10] *Apoc.* xii. 3. 9. xx. 2. [11] *Judith.* xviii. 25. et 1. *Cor.* x. 10. [12] *Isai.* xiv. 12. [13] *Tobias.* iii. 8. [14] O mas bien *Semexas*. Los rabinos llaman *Semchasi* y *Azel*, á los dos príncipes de los demonios. *Jonatan* in *Genes.* vi. 4. *Rob. Salomo* in *Num.* xiii. 34.

ciones. De esos casamientos nacieron los gigantes, hombres monstruosos de quienes hace mencion toda la antigüedad.

Azalzel, el décimo de estos malos ángeles, enseñó á los hombres á fabricar las armas, y á fundir los metales para hacer la moneda, y los adornos de las mugeres. Tambien enseñó el uso del fuego y de las pedrerías; *Semexias* enseñó á los gigantes á emplear sus fuerzas, y á conmovier sus pasiones. *Pharmarus* les manifestó la virtud de las yerbas y de los venenos, los encantos, los hechizos, y los medios de inutilizar todo esto cuando se quieran impedir sus efectos. *Balciel* enseñó la astronomía; *Chababiel*, la astrología, *Zaciel*, la divinacion por las observaciones del aire; *Araciel*, las señales de la tierra; *Sapsich* las de la luna. Estas fueron las invenciones que enseñaron esos rebeldes ángeles á sus mugeres y á sus hijos, y de ahí vino el diluvio de males que inundó la tierra.

Los buenos ángeles, gefes del ejército del cielo, *Miguel*, *Rafael*, *Gabriel*, y *Uriel*, informados de los desórdenes que esos rebeldes habian cometido en el mundo, llevaron sus quejas al Omnipotente, quien les dió sus órdenes para contener los progresos de esas maldades, y dijo á *Uriel*: Vé y mira á Noé, hijo de Lamec, y dile que por algun tiempo se oculte, porque tengo de enviar sobre la tierra un diluvio que hará perecer todo cuanto hay sobre su superficie. Instrúyelo sobre lo que debe hacer para preservarse de esta desgracia, á fin que llegue á ser el padre de un nuevo linage. A continuacion dijo el Señor á *Rafael*: Vé, ata á *Azalzel*, y arrójalo á las tinieblas; abre el desierto que está en *Dudael* y pon allí á ese malvado; acumula sobre él un monton de piedras brutas y escabrosas; cúbrelo de tinieblas; ciégale los ojos, y en el dia del juicio será arrojado al fuego; y repara el mal que los *vigilantes* han causado sobre la tierra por el misterio de iniquidad que han enseñado á sus mugeres y á sus hijos. Despues dijo Dios á *Gabriel* que marchara contra los gigantes hijos de los vigilantes; que hiciera que los unos pelearan contra los otros, á fin de que reciprocamente se mataran, y ninguno quedara sobre la tierra. Por último, ordenó á *Miguel* que atara á *Semexias*, y á los demas que le estaban unidos, y añadió que cuando hubiesen sido testigos de la muerte violenta de los gigantes sus hijos, quedaran encadenados en los bosques mientras pasaban setenta generaciones, hasta el dia del último juicio. Entónces serán precipitados en el caos eterno y en el fuego que nunca se apagará. Los hombres que hayan caido en los desórdenes y merecido la condenacion, serán precipitados con ellos á esos oscuros calabozos.

En este libro se ve el pensamiento de algunos antiguos Judios sobre la caída de los malos ángeles, y sobre el tiempo de su castigo; la narracion supone lo 1.º que aquella no acaeció sino hácia el tiempo del diluvio, y con ocasion de las hijas de los hombres de quienes estaban enamorados; lo 2.º que son corporales y capaces de engendrar aun con personas de una naturaleza diferente de la suya; 3.º que los malos estan atados y encerrados en los desiertos, en donde deben permanecer hasta el dia del juicio, y solamente entónces serán arrojados al infierno con los condenados.

En todo esto hay casi tantos errores como palabras, y errores

antiguísimos, cuyos vestigios todavía se ven en los escritos de los doctores judíos, y en los antiguos padres que dieron mucha autoridad á ese libro de Henoc (1). Es cierto que el demonio habia ya caído de su estado de gracia y de gloria cuando vino á tentar á Eva. La opinion que hace á los ángeles corporales, sensibles al amor de las mugeres y capaces de engendrar, es insostenible. Por último no puede dudarse en vista de los textos de la Escritura y de las decisiones de la Iglesia, que los demonios estén actualmente atormentados en el infierno; pero estos puntos piden examinarse mas á fondo.

III.
Crecion de
los malos án-
geles.

La opinion comun de los padres (2) y de los teólogos es que los ángeles en el principio todos fueron criados de una misma naturaleza, y que la diferencia que hay entre los buenos y los malos no proviene de parte de Dios que hizo buenas á todas sus criaturas, sino de la malicia y corrupcion de los rebeldes que abandonaron su puesto (3), y habiendo caído en la soberbia y en el amor de la independencia, perdieron el estado de felicidad y de gloria en que fueron criados. Antes hemos visto el parecer de Filon (4) que creia que los buenos ángeles, los demonios y las almas de los hombres solamente se diferenciaban en el nombre, y la opinion de Josefo (5) que pretende que los demonios que ocupan á los hombres, no son otros que las almas de los pecadores, las que habiendo dejado el cuerpo que animaban, se apoderan de algun otro cuerpo viviente, temiendo caer en el abismo donde deben sufrir suplicios eternos.

IV.
Naturaleza
y cualidades
de los demo-
nios.

Sobre la naturaleza y el origen de los demonios, estan divididos los doctores hebreos. Los unos los creen corporales, distintos entre si por la diferencia de sexos, capaces de engendrar á sus semejantes, multiplicarse y morir. Otros [6] creian que los ángeles fueron criados espirituales, no habiendo Dios tenido tiempo de darles cuerpos, porque comenzaba el sábado en el momento que iba á formarse. Otros sostienen que nacieron de la cópula de *Sammael*, príncipe de los demonios, con Eva ántes que Adán la conociera. Hay tambien algunos que los hacen hijos del mismo Adán; y otros que les dan diferentes madres, por ejemplo, *Noema*, hermana de Tubalcain (7) (asientan que era de una rara belleza, y que aun estaba viva), y otra llamada *Lilit*, la que estando separada de Adán su marido, se escapó y no quiso habitar mas con él. Tres ángeles fueron enviados en su seguimiento, pero *Lilit* no quiso volverse á su esposo, y lo único que pudieron obtener de ella, fué que no matara los hijos en los lugares donde se hallaran escritos sus nombres, que son *Sennoi*, *Sansennoi* y *Sammangeloph*. Dejaronla pues, dándole su maldicion en virtud de la cual les mata todos los dias cien demonios que son sus hijos.

Los Judíos para libertar la cámara de las mugeres que han pa-

(1) Véase la *Disertacion sobre el libro de Henoc*, la que se colocará al principio de la epístola de S. Judas, tom. xxiii. (2) Vide. *Aug. lib. x. i. de Civit. c. 1. Brevil. de Spiritu Sancto*, cap. 21. *Nazianz. orat. 38. Nyss. orat. Catech. c. 6. Chrys. homil. 92. in Genes. Theodorat. orat. 3. contra Graecos, et alii plures.* (3) *Judas* 6. *Non servaverunt enim Beveschit. Rab. sect. 7. pag. 9. col. 3. Manasse. Ben-Israel, de creatione, problem. 23.* (7) *Genes. iv. 23.*

rido de la crueldad de *Lilit*, que no pretende sino matar los hijos recién nacidos, comunmente escriben sobre la ternilla de la nariz: *Que Adán y Eva se encuentren aquí, y que Lilit sea desterrada*: y sobre la puerta se escriben los nombres de los tres ángeles citados, *Sennoi Sansennoi* y *Sammangeloph*.

Cren que el demonio que engañó á Eva era *Sammael*, príncipe de los demonios, el cual habiendo venido á Eva montado sobre la serpiente, la sedujo y abusó de ella, y Eva concibió y parió á Cain. Algunos (1) agregan á todo esto que *Aza* y *Azael* echados del cielo por el cetro de fierro, descendieron al abismo, y en seguida encontraron el secreto de salir por medio del aire de que estaban revestidos en todos los lugares donde pasaban, y del cual se formaban los cuerpos que les servian para sus casamientos. Produjeron ese gran número de prosélitos que se encontraron con los Israelitas al salir de Egipto (2), y que fueron frecuentísimamente los autores ó promotores de la rebelion, de la murmuracion y de la idolatria de los Israelitas en el desierto.

Bien se conoce, sin que sea necesario advertirlo, que todo es quimérico y fabuloso; y tambien debe hacerse justicia á los Hebreos creyendo que los mas entendidos de entre ellos siempre miraron con desprecio estas puerilidades. *Maimónides* (3) dice claramente que los demonios no tienen ni cuerpo ni materia, y que son substancias totalmente distintas del cuerpo, aunque su escoliasta (4) enseña como un artículo comunmente recibido entre los Judíos, que tienen cuerpos compuestos de dos elementos, probablemente del aire y del fuego. Cada uno de esos doctores tiene sus opiniones particulares, como sucede en las escuelas ordinarias. Mas entre ellos y nuestros teólogos hay la diferencia de que estos están firmes en las materias de su fe, y en los artículos esenciales por una autoridad superior que es la de la Escritura, de la tradicion y de la Iglesia; en lugar que los rabinos entregados á su imaginacion y á su libertad, se dejan arrastrar de sus ideas, é impunemente dan á las cosas mas serias un aire ridiculo por las circunstancias fabulosas de que las revisten.

Por lo demas, los delirios que se han propagado sobre el origen de los demonios no son nuevos, y hallamos vestigios de ellos en los padres mas antiguos de la Iglesia. Los mas escribiendo contra los paganos han supuesto que los demonios estaban rodeados de cuerpos aereos, pero manchados é impuros; y que su ordinario alimento era el humo de los sacrificios, el olor de las carnes quemadas, la grasa y la sangre de las victimas ofrecidas á los falsos dioses, es decir á ellos mismos que eran el objeto principal del culto de los idólatras. Dios en el principio confió á los ángeles, segun San Justino mártir (5), la direccion del mundo; mas habiendo abusado de su poder, y traspasado las órdenes del Señor, se dejaron vencer del amor de las mugeres, y en ellas tuvieron hijos que son los que llamamos los demonios. Viciados estos desde su nacimiento, hicieron nacer la corrupcion y el desorden en todo el mundo, y esparcieron el crimen, la insolencia, la deshonestidad y la confusion mas espantosa.

[1] *Rab. Eliezer. in Pirke, c. 7.* [2] *Ezod. xii. 38.* [3] *Maimonid. fundament. legis, cap. 1.* [4] *Ad. cap. 4. Moimon. de fundament. legis.* [5] *Justin. martyri. Apologet. 10.*

Atenágoras (1), San Clemente Alejandrino (2), Orígenes (3), Julio Firmico (4), Minucio Felix (5), San Cipriano (6) y Tertuliano (7), avanzaron seriamente que los demonios venían á lamer la sangre de las víctimas, y á recibir el olor de las carnes sacrificadas para saciarse: opinion que parece haberla tomado de los poetas paganos que nos representan á las almas separadas de los cuerpos deseados de viandas, y corriendo con empeño al rededor de una fosa llena de sangre para sustentarse (8). Todo esto parece suponer que, segun esos antiguos, son corporales los demonios: asi hemos ya manifestado en la primera parte de esta Disertacion que algunos creian que los ángeles y los demonios eran materiales, es decir, revestidos de cuerpos muy sutiles de la naturaleza del aire y del fuego. Esta opinion traia su origen de la mas remota antigüedad; y por medio de los Egipcios pasó á los Griegos.

Aquellos creian que el hombre estaba compuesto de tres partes: del entendimiento que era enteramente espíritu; *l*; del alma, que era una especie de cuerpo luminoso y sutil de que estaba revestido el entendimiento, y finalmente del cuerpo grosero que era como el estuche del sutil. Este último tenia la misma forma, los mismos trazos y los mismos modos que el sensible; y se dejaba ver algunas veces despues de la muerte, mientras que el grosero no habia sido quemado ó enterrado (9). Entre tanto el entendimiento permanecia adherido á su cuerpo luminoso. Mas luego que el terrestre se consumia el entendimiento se desprendia de aquel y se elevaba al cielo; y el espiritual se retiraba al infierno para permanecer allí ó en los campos eliseos, ó en el lugar de los suplicios, segun el mérito ó el demérito de su vida anterior. Estas opiniones se leen bien notadas en Homero (10), en Virgilio (11) y en Lucrecio (12).

Volviendo á los ángeles malos, algunos antiguos creyeron que entre ellos habia dos clases. Los unos salieron inmediatamente de las manos de Dios; y los otros son hijos de los primeros que siendo cautivados del amor de las mugeres, tuvieron en ellas á los que propiamente llamamos los demonios. Asi, segun Lactancio (13), hay dos géneros de demonios, celestes y terrenos. Los celestes son los ángeles, que habiendo sido engañados por el diablo, se dejaron cautivar de los amores impuros: los terrenos son los que nacieron

(1) Athenagor. Apolog. p. 29. (2) Clem. Alex. lib. vii. Stromat. (3) Origen. lib. iii. contra Celsum. (4) Jul. Firmic. de errorib. profan. Relig. c. 14. (5) Minucius Felix in Octavio. (6) Cypr. lib. de Idolol. vovit. (7) Tertull. Apolog. c. 22. Remanent se immundus spiritus esse: quod vel ex pabulis eorum, sanguine, et fumo, et putido rogi pecorum..... intelligi debuerit. (8) Homer. Odys. v. (9) Homer. Iliad. xxiii. (10) Vide Homer. loco citato. (11) Virgil. Æneid. lib. iv. Et nunc magna mei sub terras ibit imago.

(12) Lucret. lib. i.
..... Esse æthereis templis
Quo neque permanent animas, neque corpora nostra,
Sed quædam simulacra modis pallentia miris.

(13) Lactant. lib. ii. cap. 14. Eos (ángelos ad tutelam humani generis a Deo missos) diabolus ex angelis Dei suos facit satellites et ministros. Qui autem sunt ex his procreati, quia neque angeli, neque homines fuerunt, sed mediam quandam naturam referentes, non sunt ad inferos recepti, sicut nec in caelum parentes eorum. Ita duo genera daemonum sunt, unum caeleste, alterum terrenum; hi sunt immundi spiritus malorum quo geruntur, auctores.

de los primeros; estos no fueron arrojados al infierno, y sus padres no han vuelto al cielo, de donde vinieron. Parece que San Agustín (1) cree que los ángeles rebeldes antes de su culpa tenian cuerpos celestes y espirituales, y que despues de su caída fueron revestidos de cuerpos aereos; de suerte que al presente son capaces de sentir las impresiones del fuego: *Si transgressores illi antequam transgredierentur, caelestia corpora gerebant, neque hoc mirum est, si conversa sunt ex poena in aeream qualitatem, ut jam possint ab igne, id est ab elemento naturae superioris, aliquid pati.*

La misma opinion de Fausto de Riez se ve en una epístola que refutó Mamerto Claudiano. Los griegos modernos sostuvieron en el concilio de Florencia (2) que los ángeles rebeldes, de espirituales que eran antes de su caída, se hicieron en alguna manera carnales y materiales: de donde proviene su inclinacion á los cuerpos, y la quietud que en ellos encuentran, como se ve en los poseídos, y en aquella legion de demonios, que pidió á Jesucristo le permitiese entrar en una manada de cerdos: de donde igualmente proviene que serán atormentados en las llamas, y que sufrirán la pena del fuego en el cuerpo material que los reviste. Estas son sus razones. S. Gerónimo (3) pone entre los errores de Orígenes haber creído que los demonios habian sido revestidos de cuerpos aereos en castigo de sus culpas: *Quod daemones ob delicta aereis corporibus sint vestiti.* Mas por comun que haya sido en la antigüedad la opinion que atribuye cuerpos á los demonios, y por autorizada que esté todavía el dia de hoy entre muchos pueblos, debe tenerse por cierto que los ángeles por su naturaleza son espirituales ó inmateriales.

Por lo que toca á su caída, pueden distinguirse tres opiniones diferentes. La primera es, que los ángeles cayeron por su orgullo ó insolencia contra Dios su criador, y por su envidia y odio contra el hombre. La segunda, que Lucifer ó el príncipe de los demonios, que en su primer estado se hallaba á la cabeza de todos los ángeles (4), cayó desde luego por su orgullo, y en seguida arrastró al crimen una parte de los otros, llevándolos á los amores impuros de las mugeres. Finalmente, la tercera es la que pretende que la caída de los ángeles inmediatamente proviene de este amor impuro, y de su disolucion con las hijas de los hombres.

La primera opinion, que es la única verdadera, está adoptada por los mas de los padres, atribuyendo los unos (5) la desgracia del demonio á la envidia que concibió contra el hombre que veia criado á imágen de Dios, y establecido como un pequeño dios sobre la tierra; los otros (6), al orgullo y vana complacencia que tuvo en sí mismo y en sus perfecciones, como si no las hubiera recibido de Dios; y los últimos á las dos causas: en efecto, estos dos vicios

(1) Aug. de Genes. ad litt. lib. ii. c. 17. Vide lib. xx. de Civit. c. 23. et lib. i. contra Academicos. c. 7. et lib. ii. de ordine. c. 9. (2) Graeci in concil. Florent. (3) Hieronym. ep. ad Avitum. (4) Tertull. lib. v. contra Marcion. c. 10. et 18. Lactant. lib. ii. c. 8. Cyrill. Jerosol. Catech. 2. Gregor. Magn. lib. iv. Moral. c. 13. (5) Iren. l. iv. c. 78. Lact. l. ii. c. 78. Lact. l. ii. c. 8. Nyssen. Catech. c. 6. Method. apud Epiph. haeres. 64. Cyprian. apud Aug. l. xv. de Baptism. c. 8. Tertull. lib. de patient. c. 5. etc. (6) Aug. l. ii. c. 13. 14. et 15. de Genes. ad litt. et l. xii. de Civit. c. 6. Cassian. collat. 8. c. 10. alii passim.

siempre van acompañados: el orgullo es el padre de la envidia; el uno se complace en su propia excelencia, y el otro se entristece de la felicidad ó gloria de su prójimo.

Se disputa sobre el tiempo que intermedió entre el momento de la creación de los ángeles y de su caída. Los padres [1] que creyeron que los ángeles habían sido criados ántes del mundo, creyeron por consiguiente que permanecieron por mucho tiempo en el estado de gracia y de gloria en que fueron criados, es decir, hasta la creación cuando ménos de los seres corporales y sensibles, y sobre todo hasta la del hombre, que fué el principal objeto de su envidia, y el primer motivo de su caída. Los que juzgaron que el demonio no fué criado sino con el mundo sensible (2), están obligados á decir que fué muy corto el tiempo de su inocencia y de su gracia, supuesto que había ya caído cuando tentó á Eva en el paraíso muy poco después de ser formada. Los primeros (3) son de parecer que Dios concedió á los demonios y á sus ángeles cierto tiempo para que reconocieran su culpa, y merecieran el perdón si hubieran querido; y los otros pretenden (4) que desde que su voluntad se fué tras la maldad, lo ejecutó de un modo tenaz y permanente, sin conversión alguna ni esperanza de perdón. El tamaño de su caída fué proporcionado á su elevación y á su virtud, y á la luz en que fueron criados; en lugar que la debilidad del hombre y la carne de que estaba rodeado, le alcanzaron el perdón y la gracia de la penitencia: *Homo vero idcirco veniam meruit, quia per carnale corpus aliquid, quo se ipso minor esset, accepit*, dice S. Gregorio el Grande (5).

La opinion que pone el origen de los demonios en el pretendido comercio que los ángeles tuvieron con las mugeres, no se funda mas que en el libro apócrifo de Henoc, contra el cual la antigüedad no ha empleado bastante precaucion, pues quiere que el príncipe de los demonios haya caído por su soberbia mucho tiempo ántes que los otros ángeles se corrompieran con las mugeres, y que ese príncipe de las tinieblas fué el primer autor de su caída (6); esa opinion se inventó únicamente para conciliar la Escritura que nos enseña que el demonio fué homicida desde el principio (7); que *por su envidia entró la muerte en el mundo* (8), y que el es quien tentó á Eva, y quien la arrastró á la desobediencia contra Dios: se inventó, digo, esa opinion para conciliar estas verdades con los delirios del libro de Henoc, cuya autoridad se respetaba entónces, porque se creía que S. Júdas lo había citado en su carta como canónico.

Aunque es indubitable que entre los demonios hay proporcio-

(1) *Ita Græci plerique. Vide Petav. l. i. c. 15. de Angelis, et l. iii. c. 3. art. ii.*
 (2) Hugo de S. Victor sobre las *Sentencias*, tratado ii. 63, y Santo Tomás en la primera parte, q. 63. art. 6. creen que el demonio pecó inmediatamente después del primer instante de su creación. (3) *Nemes. l. de hominis opificio, c. 1. Damasceni. l. ii. c. 4. Rupert. de victoria verbi, l. i. c. 3. et l. iii. de gloria. Trinit. Cassian. collat. 5. c. 10.* (4) *Goffrid. Viadocin. serm. l. de nativitat. Domini. Ut ejus gradus fuerat altior, ejus casus fieret gravius. Vide et Gregor. Mag. l. xxxi. Moral. c. 18. Idcirco peccatus sine venia damnatus est, quia magnus sine comparatione fuerat creatus.* (5) *Gregor. Mag. l. ix. Moral. c. 23.* (6) *Ambros. in psalm. cxviii. serm. 7. collatum eius Apolog. David. c. 1. et lib. de Noe et arca. c. 4. Lactant. l. ii. c. 8. Method. opud Epiphani. hæres. 64.* (7) *Joan. viii. 44.* (8) *Sap. ii. 24.*

nalmente la misma subordinacion que entre los buenos ángeles, no pueden sin embargo notarse los grados, ni saber en lo que consiste. El Apóstol reconoce entre ellos los *principados*, las *potestades* los *principes del mundo* (1). En varios lugares del Evangelio (2) se habla de *Beelzebub, príncipe de los demonios*. En la parábola del fuerte armado, dice Jesucristo, que el demonio arrojado de su casa vuelve á ella con otros siete demonios mas malvados que él (3). Casiano (4) cree que conservan después de su caída algo de aquella subordinacion que tenían en el cielo ántes de su rebelion; ó que tienen entre sí el puesto y el grado que merece su malicia, ó el crimen en que se distinguen.

Mas esta subordinacion de los demonios de un menor grado respecto del príncipe de las tinieblas, no impide que todos estén en una verdadera dependencia de su criador. Ellos no pueden sin que Dios lo ordene, ejercer su furor contra los hombres, sino hasta aquel punto que se les permite. Satanás no tentó á Job, ni atacó sucesivamente sus bienes, sus hijos, y su persona, sino á medida de la permission que obtuvo. Si Dios quiere ejercer su venganza contra una ciudad ó una nacion, envia para eso á los demonios: *Immissiones per angelos malos* (5); permite que Satanás inspire malos consejos, y que se ejecuten: por ejemplo, cuando el demonio inspiró á David el designio de hacer la enumeracion de su pueblo (6). El rey de Israel desprecio á los verdaderos profetas del Señor, y Satanás se ofreció á ser un espíritu de mentira en la boca de todos los falsos profetas (7). Zacarías (8) vió á Satanás en pié ante el tribunal de Dios, para acusar al gran sacerdote Jesus y hacerlo condenar, si un buen ángel no le hubiera cerrado la boca diciéndole: *Conténgate el Señor, ¡ó Satanás!*

La Escritura comunmente atribuye á los demonios la causa de los males del cuerpo, la muerte, las enfermedades, y la mayor parte de las desgracias que acaecen á los hombres; las tempestades, la esterilidad, las guerras; y no puede dudarse que tengan en eso muchísima parte en vista de su malicia y odio contra los hombres. S. Pedro (9) representa á Satanás como un leon rugiente que por todas partes nos busca para devorarnos; y S. Pablo (10) lo pinta como un enemigo armado de dardos inflamados, con los que solicita herir, no nuestros cuerpos, sino nuestras almas. Muchos antiguos (11) han atribuido á cada hombre un ángel malo que continuamente lo lleva al mal, así como tiene uno bueno que lo conduce al bien: opinion que habian tomado del libro de Hermas ó del Pastor (12), y de otro apócrifo que tal vez es el Apocalipsis de Abraham, citado por S. Epifanio (13).

Se nota esta misma opinion entre los filósofos (14), principalmente entre los estoicos, que admitian no solamente un buen ángel en-

(1) *Ephes. vi. 12.* (2) *Matt. xii. 24. Marc. iii. 22. Luc. xi. 15. [16.]* (3) *Luc. xi. 25. 26.* (4) *Cassian. collat. 8. c. 15.* (5) *Psalm. lxxvii. 49.* (6) *1. Par. xli. 1.* (7) *3. Reg. xxi. 21.* (8) *Zach. iii. 1. 2.* (9) *1. Petr. v. 8.* (10) *Ephes. vi. 16.* (11) *Origen. homil. 35. in Luc. et lib. 3. de principi. c. 11. Antioch. homil. 61. Nyssen. de vita Moysi, p. 194. Opus imperf. in Matt. homil. 5.* (12) *Hermas. Pastor. lib. ii. mandat. 6. [13.] Epiphani. hæres. 39. Sethian. c. 5.* (14) *Orph. Hymn. ad Musas. Vide et Plutarch. in Bruto: et Seretian ad Virgil. Eneid. vi.*

Quisquis suos putatur mance.

cargado de la conducta de cada hombre, sino tambien uno malo cuyo grande empeño era dañarlo y arrastrarlo al desorden. Los Judíos aun el día de hoy, dan á cada hombre dos ángeles, uno bueno y otro malo (1). Mas la Iglesia cristiana no reconoce mas que un ángel de salud que nos da Dios desde nuestro nacimiento para que nos dirija; aunque confiesa que los malos nos rodean siempre muy empeñados en tentarnos, y aprovecharse de nuestros descuidos y debilidades. Orígenes (2) creyó que cada vicio tenia su mal ángel que lo presidia, de manera que hay uno de avaricia, otro de fornicacion, y otro de soberbia; y que mientras mas son nuestras inclinaciones viciosas, mas son tambien los ángeles malos que nos combaten; y cuando hemos conseguido vencer un vicio, el demonio que presidia en él, se retira como vencido y no se atreve á presentarse mas, á ménos que alentado por nuestra negligencia, regrese con otros siete espíritus peores que él, como dice el Salvador en el Evangelio de S. Lucas (3).

Algunos padres antiguos enseñan que los malos ángeles después de su rebelion fueron echados del cielo, y desterrados al aire, donde deben permanecer hasta el día del último juicio, en el cual serán precipitados al abismo para no salir de él jamas. Atenágoras (4), segun el sistema que distingue á los malos ángeles y á los demonios, y que quiere que estos sean los hijos que los ángeles rebeldes tuvieron en las hijas de los hombres: Atenágoras, digo, pone á los ángeles en el aire, y á los demonios al rededor de la tierra, en donde inspiran á los hombres todo el mal de que están llenos. Filon el judío (5), Tertuliano (6), y algunos otros los colocan indefinidamente en el aire con los ángeles buenos; pero S. Agustín (7) cree que cayeron de la parte mas pura y mas alta del aire á la que está mas cerca de la tierra, que es meramente tinieblas en comparacion de la serenidad y claridad de aquella en que ántes estaban: de donde proviene tambien que los llame S. Pablo *principes de las tinieblas* (8). Y S. Jerónimo, escribiendo sobre estas mismas palabras de la epístola á los de Efeso (9), dice ser opinion constante de todos los doctores de la Iglesia, que el aire que está entre el cielo y la tierra está lleno de malos espíritus: *Haec autem omnium doctorum opinio est, quod aer iste, qui coelum et terram medius dividens, inane appellatur, plenus sit contrariis fortitudinibus.*

Alli es donde ejercen el imperio contra los hombres, transfigurándose en ángeles de luz, excitando tempestades, y observando todos los medios de tentarnos y de sorprendernos. S. Pablo los llama (10) tambien *potestades del aire*, y S. Juan Crisóstomo (11) dice que no han perdido aun después de su caída el imperio que Dios les dio sobre el aire en el principio. Mas otros padres creen (12) que cayeron de ese poder, y que si permanecen el día de hoy

(1) Buzorf. *Synagog.* c. 10. *Barnage, Hist. de los Judios.* l. vi. c. 9. art. 14. (2) *Orig. homil. 15. in Joann.* (3) *Luc. xi. 26.* (4) *Athenagor. Legat. pro Christianis.* (5) *Philo, l. de Gigantib. et lib. de confus. linguarum.* (6) *Tertull. Apolog. cap. 12.* (7) *Aug. lib. iii. de Genes. ad Litt. c. 10. Enchirid. c. 28. In hujus aeris inano caliginem de superis coelesti habitatione deiecit. Et in psal. cxxx.* (8) *Ephes. vi. 12.* (9) *Hieron. in Ephes. vi. 12.* (10) *Ephes. vi. 2.* (11) *Chrysost. in Ephes. vi. homil. 4.* (12) *Theodoret. et Cœcumen. in eundem locum.*

en el aire es para estar allí atormentados (1) esperando el día del juicio, en el que deben ser precipitados al abismo. Otros (2) sostienen que los mas de los demonios están en el infierno, y que poquimos están sobre la tierra ó en el aire para ejercitar y tentar á los hombres.

Por último, los apóstoles S. Pedro y S. Júdas parecen decir que los ángeles rebeldes fueron arrojados al infierno. *Dios no perdonó á los ángeles que pecaron, sino que los precipitó en el abismo* (literalmente, en el tartaro), donde las tinieblas les sirven de cadenas para retenerlos allí como en reserva hasta el juicio. Este es el texto de S. Pedro (3). El de S. Júdas dice (4): *El Señor tiene atados con cadenas eternas en las tinieblas, y reservados para el juicio del gran día á los ángeles que no conservaron su primera dignidad, sino que abandonaron su propio domicilio.* Mas S. Agustín (5), S. Gregorio el Grande (6), el venerable Beda (7), Ruperto (8), Pedro Abelardo (9), entienden esto del aire inferior, que en comparacion del cielo puede mirarse como un abismo, y como el infierno es respecto de nosotros: opinion que sin embargo no es seguida de los teólogos, de quienes los mas enseñan que los demonios fueron realmente precipitados en el infierno, aunque allí no están encerrados de tal manera que no salgan alguna vez á tentarnos; y S. Juan en el Apocalipsis (10) nos representa al principe de los demonios atado y arrojado en el abismo sin poder salir de él hasta pasados mil años. ¿Pero quién nos explicará todas las figuras del Apocalipsis, y quién nos enseñará con toda seguridad lo relativo al estado de los demonios? Es necesario convenir en que no tenemos sobre eso sino conjeturas y opiniones muy inciertas.

Los demonios que se quejaban de que Jesucristo habia venido á atormentarlos ántes de tiempo (11), y que le suplicaban que no los precipitara en el abismo (12), parecen insinuar que sobre la tierra gozaban de algun descanso, y que estimaban como su soberana infelicidad ser desterrados al infierno. Y ciertamente hay muchos padres antiguos que creen que los demonios son realmente condenados al fuego eterno; pero que no sufrirán la pena con aquellos á quienes han seducido, sino después del día del juicio: *Desperata conditio eorum ex praedamnatione, solatium reputat fruentiae interim malignitatis de poenae mora,* dice Tertuliano (13). S. Justino mártir (14), Minucio Félix (15), Lactancio (16), Taciano (17), Orígenes (18), Nemesio (19), S. Agustín (20), S. Jerónimo (21), y otros muchos (22) atestiguan lo mismo; y el Salvador parece insinuarlo en

(1) *Vide Rupert. in Genes. c. 17.* (2) *Euseb. Praepar. l. 7. (3) 2. Petr. 11. A. Deus angelis peccantibus non peperit, sed reductibus inferi (Or. caliginis) detractus in tartarum tradidit servandus, in judicium reservari.* La palabra, cruciandus no está en el griego. (4) *Judae V. 6. Angelos vero qui non servaverunt suum principatum, sed dereliquerunt suum domicilium, in judicium magni diei, singulis aeternis sub caligine reservavit.* (5) *Aug. in psalm. cxxx.* (6) *Gregor. Mog. l. iii. Moral. cap. 17.* (7) *Beda in 2. Petr. ii.* (8) *Rupert. in Genes. 17.* (9) *Abelard. Introd. ad Theolog. c. 17.* (10) *Apoc. xx. 1. et seqq.* (11) *Matt. viii. 29.* (12) *Luc. viii. 31.* (13) *Tertull. Apolog. c. 27.* (14) *Justin. Mart. Apologiae contrae.* (15) *Minuc. Felix in Octavius.* (16) *Lactant. l. iii. Institut. c. 28.* (17) *Tacian. orat. contrae gentes.* (18) *Origen. homil. 8. in Ezech. et l. de Princip. c. 6. etc.* (19) *Nemes. de natur. hominis, c. 1.* (20) *Aug. l. xiii. de Civit. cae. vit. Item l. xxi. c. 10. 13. et alibi: sarquis.* (21) *Hieron. in Isai. xxv.* (22) *Vide Petar. lib. iii. de Evang. c. 4. art. 13. et seqq.*

el Evangelio cuando dice que el día del juicio se dirá á los condenados: *Id, malditos, al fuego eterno que está preparado, ó que se ha preparado, al diablo y á sus ángeles* (1). El fuego estaba pues simplemente preparado para el demonio, mas aun no sufre la pena.

Pero no debe imaginarse que actualmenté esté el demonio en un estado exento de pena, y que su castigo no deba comenzar sino hasta el día del juicio. Uno es el fuego que ahora sufre, y otro el que sufrirá despues del último día, dice S. Gregorio papa (2). Ya está lleno de dolor y de desesperacion por su condenacion, á que fué sentenciado luego que se rebeló; pero despues del día del juicio sufrirá realmente la pena de fuego eterno que desde el principio le está preparada: *Definita quidem*, dice S. Bernardo, *sed nondum promulgata sententia est. Denique jam diabolus ignis paratur, etsi nondum ille praecipitatus in ignem, modico adhuc tempore sinatur malignari* (3). La certidumbre del suplicio futuro es desde ahora para él un suplicio anticipado. Esta es la opinion de casi todos los antiguos, como lo notan Maldonado (4) y el P. Petavio (5).

El venerable Beda (6) es quizá el único de los antiguos que sostiene que los demonios están actualmente atormentados con el fuego, en donde quiera que estén: *Ubiunque vel in aere volitant, vel in terris, aut sub terris vagantur, sive detinentur, suarum seculum ferunt semper tormenta flammarum instar febricitantis*. Su opinion sin embargo es el día de hoy generalmente recibida en la escuela, aunque teólogos sabios pretenden que la opinion contraria sostenida como se ha visto por los antiguos padres, no puede juzgarse errónea, no teniendo cosa contraria á la Escritura, y no habiendo sido reprobada por algun concilio; porque la decision del de Florencia (7), de que las almas de los que mueren en pecado mortal, desde luego son entregadas al fuego eterno, no recayó sobre las penas de los demonios; y santo Tomas (8), que condenó como errónea la opinion de los que defienden que las almas de los pecadores no sufrirán la pena del fuego sino despues del juicio final, no se atrevió á decir cosa alguna contra los que niegan la de los demonios.

Los padres y teólogos están divididos sobre la naturaleza del fuego que debe abrasar á los demonios y á los réprobos en el infierno (9). Origenes en varios lugares ha enseñado (10), que las llamas del infierno, así como los gusanos que roen á los condenados, no son reales. S. Ambrosio dice lo mismo: *Nec corporalium stridor aliquis dentium, nec ignis aliquis perpetuus flammarum corporalium, neque vermis est corporalis* (11). „Ese fuego, añade, no es otro que el dolor de los pecados; y el gusano son los remordimientos de la conciencia: *Ignis est, quem general moestitia delictorum; vermis est, eo quod animae peccata mentem rei, sensuque compungunt, et quaedam exedunt viscera conscientiae*.” S. Geró-

[1] *Matt. xxv. 41.* [2] *Greg. Magn. l. iv. Moral. c. 10.* [3] *Bernard. serm. de transitu sancti Malachiae.* [4] *Maldonat in Matt. xxv. 41.* [5] *Petavi. l. iii. de Angelis, c. 4. art. 18.* [6] *Beda in Jacob. iii.* [7] *Concil. Florent. de voto fidei.* [8] *D. Thom. in 1. partem, quaest. 65. art. 4. ad 3.* [9] Este artículo está sacado del comentario de Calmet sobre el Eclesiástico vii. 19. al que el mismo nos remite sobre este punto. [10] *Origen. homil. 13. in Exod. et lib. ii. de Princip. c. 11.* [11] *Ambros. lib. vii. in Luc. c. 14.*

nimo dice ser opinion de muchos que ese fuego y ese gusano solamente consisten en los remordimientos y amargura de la conciencia: *Vermis qui non morietur, et ignis qui non extinguitur, a plebisque conscientia accipitur peccatorum* (1). S. Juan Damasceno (2) igualmente dice que los condenados serán arrojados, no á un fuego material como el nuestro, sino tal cual Dios sabe. Efectivamente, los hombres no saben cual será un fuego que no es material. S. Gregorio Niseno (3) sostiene todavia con mas expresion el fuego metafórico. En general esa opinion ha sido y es hoy bastante comun entre los Griegos, quienes en el concilio de Florencia sostuvieron que el fuego del purgatorio que es el mismo que el del infierno, no era un fuego verdadero y real.

Por ambas opiniones es citado S. Agustin. En el libro de la Ciudad de Dios (4), dice que la llama en que se hallaba el rico avariento, era de la misma naturaleza que los ojos que levantaba al cielo, y que la lengua sobre la cual pedia que Lázaro dejara caer una gota de agua; es decir, que todo eso era espiritual, como las cosas que pasan en sueño ó en vision: *Talem fuisse illam flammam, quales oculi quos levavit. . . Sic ergo incorporealis et illa flamma quae exarsit, et illa guttula quam poposcit, quia etiam sunt visa dormientium, sive in extasi, &c.* Pero el mismo santo dice claramente en el mismo lugar, y tambien en otros (5), que el fuego del infierno es corporal y sensible, y que las almas separadas del cuerpo, y los demonios, aunque inmateriales, no dejarán de ser atormentados del mismo modo que las almas que están unidas á los cuerpos padecen dolor con ocasion de lo que pasa en el cuerpo que animan: *Cur enim non dicamus, quamvis miris, tamen veris modis, etiam spiritus incorporeos posse poena corporalis ignis affligi; si spiritus hominum etiam ipsi profecto incorporei et nunc poterunt includi corporalibus membris?* ¿Qué impide que los demonios estén sujetos inseparablemente al fuego del infierno, así como nuestras almas están inseparablemente unidas á nuestros cuerpos? La única diferencia será que nuestras almas dan vida á nuestros cuerpos, mas el fuego solamente dará tormento á los demonios, sin darles vida: *Adhaerebunt ergo spiritus daemonum, imo spiritus daemonis, licet incorporei, corporeis ignibus cruciantur, non ut ignes ipsi quibus adhaerebunt, eorum junctura insperantur et animalia fiant, sed ut diri, miris et ineffabilibus modis adhaerendo, accipientes ex ignibus poenam non dantes ignibus vitam.*

San Gregorio el Grande tambien enseña expresamente, que el fuego del infierno es corporal: *Gehennae ignis, cum sit corporeus, et in se missos reprobos corporaliter exurat, nec studio humano succenditur, nec lignis nutritur, sed creatus semel, durat inextinguibilis, &c.* (6). Y en sus diálogos (7) inculca la misma doctrina, y examina como un fuego corporal puede obrar sobre los espíritus que están independientes de la materia. S. Cipriano nos describe el fuego del infierno como un abismo humecante, donde está encer-

(1) *Hieron. in Isai. lxxvi. col. 514. nov. edit.* (2) *Damasc. lib. iv. de Fide, cap. ult.* (3) *Greg. Nip. de animarum resurrect.* (4) *Lib. xxi. cap. 10.* (5) *De Fide et Operibus, c. 15.* (6) *Gregor. Magn. lib. xv. Moral. cap. 29. p. 482. nov. edit.* (7) *Dialog. l. iv. c. 23.*

rado un fuego cruel y devorador: *Cruciantibus flammis per horrendam spissae caliginis noctem, saeva semper incendia camini fumantis* (1). S. Juan Crisóstomo (2) nos representa en el infierno los ríos de llamas y olas de fuego que envuelven y atormentan á los condenados sin consumirlos. S. Gerónimo ya citado manifiesta claramente su juicio en su comentario sobre S. Mateo (3), donde dice que ese fuego es real y abrasador, pero no claro y brillante como el nuestro. A los padres pueden agregarse los mas de los escolásticos que comunmente enseñan lo mismo. De manera que puede concluirse haber sido esta la opinion dominante en la Iglesia latina, así como lo ha sido la contraria en la griega, aunque la primera es mejor fundada que la segunda.

Hemos hablado por incidencia del número de los demonios cuando tratamos del de los ángeles. En cuanto al culto de aquellos, la Escritura echa en cara á los Hebreos el haberles ofrecido sacrificios (4), y les reprende el haber imitado á los cananeos, inmolándoles sus hijos (5). En el Levítico (6) prohíbe Moisés á los Israelitas el ofrecer al demonio como ántes sus víctimas; pero el hebreo pone á los *velluos* ó á los *machos cabrios*; y los machos cabrios ó los velludos de que habla Moisés, eran verisimilmente los dioses de los Mendesianos en Egipto (7). El Salmista dice, que *todos los dioses de las naciones son demonios* (8); pero la palabra hebrea que los Setenta y la Vulgata ponen en lugar de *demonios*, no significa propiamente sino *vanos ídolos* y *dioses nulos*.

Por lo demas los padres han creído con razon que los demonios hacían que los gentiles les diesen en los ídolos un culto sacrilego. Estos efectivamente eran verdaderos demonios que habitaban en los templos de los paganos, los que allí daban falsos oráculos, y los inventores y promotores de la vana religion de los idólatras. ¡Pero puede decirse que la intencion de esos pueblos fué tributar un culto supremo al enemigo del género humano, al que conocemos con el nombre de *Satanas!* Es cierto que los paganos no tenían sino unas ideas muy confusas; y los dioses infernales á quienes ofrecían los sacrificios, así como á los dioses del cielo y del mar, eran muy diferentes de lo que llamamos *los demonios*, y de lo que ellos mismos llamaban *malos genios* (9).

Sin embargo es indubitable que los Persas tributaban honores soberanos al demonio, á quien tenían por un mal príncipe, y que reconocían en la naturaleza dos dioses, el uno bueno y el otro malo; el primero se llamaba *Horomas*, y el segundo *Ariman*: á Horomas se ofrecían los sacrificios de acciones de gracias, y á Ariman sacrificios para desviar los males que intentara hacer; y he aquí las ceremonias de esos sacrificios. Hay allí una yerba nombrada *Omani*, la que machacaban en un mortero, invocando al dios del infierno y de las tinieblas: le mezclaban sangre de un lobo que se

(1) *Cyprian. de Laude martirii.* (2) *Chrys. Homil. 44, et 55. in Matt. et homil. 13. in epist. ad Rom. et homil. 4. in epist. ad Ephes.* (3) *Hieron. in c. x. Matt.* (4) *Deut. xxxii. 17. Baruch. iv. 7.* (5) *Psalm. cv. 37.* (6) *Levit. xvii. 7. Daemonibus.* (Hebr. *plasia*, vel *hircia*) (7) *Herodot. lib. ii. cap. 46. Strab. Diodor. Zibud. alii.* (8) *Psalm. xcvi. 5. Omnes dii gentium daemonia.* (9) *Hebr. vana idola.* (9) *Plutarch. de Iside et Osiride. Stanley, tom. ii. part. xiv. c. 6.*

había degollado; y despues llevaban esta composicion á un lugar á donde los rayos del sol no podían penetrar; allí la ponían y la dejaban.

Tambien se asegura, que ciertos pueblos de América ofrecían al demonio víctimas y candelas para desviar los efectos de su cólera, y evitar los males de que estaban amenazados, lo que es el colmo de la ignorancia y de la supersticion. S. Agustín en cien lugares supone que los paganos tributaban solemnes honores á los demonios: *Omnes gentes sub daemonibus erant; daemonibus templa fabricata sunt; daemonibus arae constructae; daemonibus sacerdotes instituti; daemonibus oblata sacrificia, &c.* (1). En otra parte dice (2) que los príncipes introdujeron entre los hombres el culto de los demonios; y que los Romanos ordenaron (4) que con sacrificios se invitase á los buenos genios, y se aplacasen á los malos, aquellos que habian erigido templos á la Palidez y á la Fiebre. Es indispensable pues reconocer que en la falsa religion han tributado los paganos honores divinos al demonio.

DISERTACION

SOBRE

LAS OBSESIONES Y POSESIONES DEL DEMONIO.

Los enemigos antiguos de la religion cristiana, convencidos por la evidencia de los milagros que veían hacer á Jesucristo, á los apóstoles y á los primeros cristianos, no se atrevían á contestar la verdad; contentábanse con atribuirlos ó á la magia ó á ciertos secretos naturales. A los milagros del Salvador y de los apóstoles oponían los de los falsos dioses y los de los héroes del paganismo. Los Judios decían que Jesucristo en nombre de Beelzebub lanzaba los demonios: los paganos comparaban las pretendidas milagrosas curaciones de Esculapio á las de Jesucristo, y las maravillas de Apolonio Tiano á las de los apóstoles.

Al presente los pretendidos espíritus fuertes se valen de la filosofía para poner en duda ó eludir los milagros que refiere la Escritura. Hoy se pretende encontrar en los secretos de la naturaleza, en el conocimiento de los simples, en los resortes de la imaginacion, en las falsas preocupaciones de la niñez y de la educacion, en las reglas del movimiento, y en la reduccion de las pre-

(1) *Aug. in ps. xciv. n. 6. et alibi non semel.* (2) *Aug. de Civ. lib. v. c. 52.* (3) *Aug. de consensu Evang. l. i. c. 18. Qui et daemones incitandos, et daemones placandos movent.*

Diferente conducta que han observado los incrédulos antiguos y modernos para eludir el testimonio de los milagros. Objeto y division de esta Diertacion.